

DESPERTAD AL MUNDO, SED PROFETAS DE ESPERANZA

Carta-Mensaje del Arzobispo Secretario de la CIVCSVA a los participantes en el Encuentro del Año de la Vida Consagrada en España, Madrid 3-4 octubre 2015

Queridos hermanos consagrados reunidos durante estos días en Madrid en este encuentro convocado por la Conferencia Episcopal: os saludo a todos en el Señor, deseándoos que el *Todo Bien*, os colme de sus bendiciones. Y, al mismo tiempo que os agradezco el que me halláis invitado a enviaros este saludo, con estas palabras quiero hacerme presente en medio de vosotros, también en nombre de nuestra Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica.



Vuestro encuentro tiene lugar en el contexto del Año de la Vida Consagrada. Un Año querido por el Papa Francisco y que está despertando en el mundo entero numerosas iniciativas, tantas que superan todas las expectativas. Damos gracias al Santo Padre por este gesto de amor hacia todos los consagrados y hacia toda la Iglesia, pues, como él mismo afirma en la Carta Apostólica escrita a todos los consagrados: “El Año de la Vida Consagrada no se refiere solo a las personas consagradas, sino a toda la Iglesia” (*Carta Apostólica* III, 2).

En esta ocasión, quiero subrayar tres palabras que considero importantes en nuestro camino de consagrados: Alegrémonos en el Señor, vivamos intensamente la vida fraterna en comunidad, permanezcamos en el Señor.

Alegrémonos en el Señor. En repetidas ocasiones el Papa Francisco nos ha dicho que donde hay consagrados no puede faltar la alegría. Los consagrados hemos de recordar lo que el Santo Padre nos escribió en la Carta que nos dirigió con motivo de este Año de la Vida Consagrada: “Un seguimiento triste es un triste seguimiento” (*Carta Apostólica a los Consagrados*, II, 1). ¿Qué puede decir al mundo un consagrado con un estilo de vida propio de quien vive la Cuaresma sin Pascua, o con cara de funeral (cf. *Evangelii gaudium* 6. 10)? Ciertamente con una vida dominada por la tristeza nunca podríamos ser profetas de esperanza, ni despertar al mundo como exige vuestra misión (cf. *Carta Apostólica a los Consagrados*, II, 2), y nunca podríamos tampoco transmitir la belleza del seguimiento de Cristo, como es propio a todo consagrado que vive el presente con pasión.

En este mundo en el que sobran profetas de desgracias, el Señor y la Iglesia nos piden que no nos dejemos vencer por la tristeza, el desaliento y la frustración. ¿Queremos mantener joven la alegría del primer momento? He aquí algunas convicciones que, con mucha sencillez, comparto con vosotros, mis hermanos y hermanas.

Hagamos constantemente memoria grata de nuestra llamada, de aquel día en que el Señor nos miró con amor de predilección (cf. *Mc* 10, 21), pasó a nuestro lado y nos dijo como a los primeros discípulos: “venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres” (cf. *Mc* 1, 17), o como a Mateo: “sígueme” (*Mt* 9, 9), confiándonos una misión. Es esa memoria viva del paso de Jesús por nuestras vidas y el reencuentro diario con la mirada que nos sedujo y nos llevó a dar un sí generoso a la invitación a seguirlo, la que nos permitirá conservar en todo momento un corazón creyente, generoso y sencillo, y la que hará que nuestra alegría no decaiga.

Impliquémonos constantemente en la aventura de una continua relación con el Señor. Esa relación nos alimentará, nos interrogará y nos dará vida y vida en abundancia. Día tras días, en la palestra del amor, el Hijo de Dios nos invita y nos envía a seguir sus huellas (cf. *1P* 2, 21), a asumir sus sentimientos (cf. *Filp* 2, 5), y a vivir cada momento de nuestra vida con la pasión de los enamorados. Frecuentemos dicha palestra y nuestra alegría crecerá de día en día.

Centremos nuestra vida en el Evangelio (cf. *Mc* 1, 15) y en el amor por Jesús y su Reino. Sea, pues, el Evangelio nuestro “vademecum” para la vida de cada día. El Evangelio es, como recordó el Papa muchas veces, exigente y pide ser vivido con radicalidad y sinceridad. No tengamos miedo a esas exigencias. Para el que ama nada es imposible. Dejémonos interpelar y conducir por el Evangelio y seremos hombres y mujeres que irradiarán gozo, alegría, felicidad. Por otra parte vivamos con el firme propósito de *restituirlo* todo a Él, en un continuo don de nosotros mismos, sin límites. Salgamos de nosotros mismos y encontraremos sobrados motivos para estar alegres.

En situaciones de vulnerabilidad o desconcierto, lejos de ceder a la tentación de volvernos atrás, como el joven rico (cf. *Mt* 19, 22), mantengamos viva la memoria del amor de Cristo que nunca viene a menos, de ese amor que, como afirma el profeta Sofonías, hace que el Señor cancele nuestra condena, se goce y se complazca en nosotros, nos ame y se alegre con júbilo, como en un día de fiesta (cf. *Sof* 3, 17-18), nos impulse a volver constantemente al ardor generoso, a la pasión del amor primero (cf. *Os* 2, 16ss). Recordemos que quien sigue al Señor con alegría vive la “perfecta alegría” también en la debilidad, en la marginalidad, en las pruebas, en los fallos, e incluso en el sufrimiento, hasta el punto de “sentir la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro” (*Carta Apostólica a los Consagrados*, II, 1)

Entremos en el océano inmenso de la alegría en el que vivieron y viven tantos cristianos y consagrados aún en medio de toda clase de tribulaciones y persecuciones (cf. *Hch* 13, 52). Para ello, dejémonos amar por Jesús, experimentemos su infinito amor por cada uno de nosotros, más allá de los tropiezos propios del camino, hasta poder decir con el profeta: “Mi fuerza y mi poder es el Señor” (*Is* 12, 2). Es entonces cuando no solo podremos experimentar

que nuestra alegría está en el Señor (cf. *Sal* 104, 34), sino también que el Señor es nuestra alegría, que el Señor es capaz de colmar nuestro corazón y de hacernos felices. Contemplando a Jesucristo, aprendamos del Evangelio el arte de ser felices y bienaventurados ya en este mundo, y trasmitamos a los demás esa alegría que invade nuestro corazón. Sea el Señor la causa de nuestra alegría, y entonces ya nadie nos la podrá robar.

Vivamos intensamente la vida fraterna en comunidad. La vida fraterna en comunidad, según las propias exigencias de cada carisma, es un elemento constitutivo de la vida religiosa y de otras muchas formas de vida consagrada. Como bien sabemos, es un don, pero es también un compromiso y una responsabilidad.

En cuanto don, somos llamados a acogerlo con gratitud, sabiendo que el hermano y la hermana son un regalo del Señor. “El Señor me dio hermanos”, dirá san Francisco de Asís. El Señor me dio hermanos y hermanas estamos llamados a decir también nosotros desde una mirada de fe hacia el otro, en el que somos llamados a descubrir el rostro de Dios. Aceptar al hermano y a la hermana como un don es aceptarlo como es, con sus cualidades y con sus limitaciones, sin pretender nunca que sea una fotocopiade uno mismo. El Señor no se repite. San Pablo habla del don que Dios ha concedido a cada uno (cf. *1Cor* 3, 10), así como de los dones que el Espíritu reparte a cada uno según él quiere (cf. *1Cor* 12, 7-11). Todos somos llamados a reavivar el don que Dios nos ha confiado (cf. *2Tim* 1, 6), y a no hacer estéril el don que cada uno de nosotros poseemos (*1Tim* 4, 14), poniéndolo al servicio de los demás, “según la multiforme gracia de Dios” (*1P* 4, 10). No desarrollarlo o no permitir que los demás lo desarrollen es una infidelidad a la misión que hemos recibido, como nos enseña la parábola de los talentos (cf. *Mt* 25, 14ss). Cada uno de nosotros es distinto del otro, y esto, lejos de ser un problema ha de considerarse una verdadera gracia, pues en esta diversidad reside la belleza de nuestras fraternidades. En una comunidad de consagrados lo esencial es que cada uno haga fructificar los dones que cada uno ha recibido del Señor, hacer fructificar esa semilla, hacer real esa potencialidad, compartir esa dávida. Lograrlo causa alegría y es, al mismo tiempo, un gran testimonio ante un mundo como el nuestro, produndamente fragmentado.

Pero la vida fraterna en comunidad es también un compromiso y una responsabilidad de cada uno en la costruccción de la misma. Y construimos vida fraterna en comunidad cuando estamos compartiendo y poniendo al servicio del bien común los dones que hemos recibido y nos dejamos enriquecer por los dones de los otros. Lo más maravilloso de ese don único que Dios nos ha dado es que cuanto más lo compartimos más lo poseemos, de manera que la mejor manera de acrecentarlo y multiplicarlo es darlo sin medida. En la vida fraterna en comunidad estamos llamados a hacer partícipes a los otros de los propios dones y gozar de los frutos de los dones del otro como si fuera del propio (cf. *Vita consecrata* 42). Es dando que como se recibe, siempre y cuando el dar sea de forma gratuita, pues los que hemos recibido gratis, gratis hemos de darlo. No seamos simples consumidores de vida fraterna en comunidad. Seamos verdaderos constructores de comunidades fraternas dándonos incondicionalmente al Señor y a los demás. Salgamos de nuestra autoreferencialidad, practicando la *mística del encuentro*, la *mística de vivir juntos* (*Carta Apostólica a los Consagrados*, II, 3), la mística del compartir dones y personas.

Esta *mística del encuentro* comporta el diálogo comunitario. En una sociedad que privilegia las realaciones virtuales a distancia, *Vida Consecrata* nos invita a fomentar el diálogo comunitario entre personas de diferentes edades, y muchas veces también de distintas lenguas y culturas, de tal forma que se logre “poner en armonía las diversidades” (*Vita Consecrata* 51). Esto solo será posible en la medida en se fomente entre todos los miembros de una misma comunidad una auténtica *espiritualidad de comunión*; en la medida en que los consagrados seamos *expertos de comunión* (cf. *Carta Apostólica* II, 3), y nuestras casas sean *escuelas de comunión*. Es con esos presupuestos desde los que descubriremos que el otro es importante para mí, y desde los cuales sentiremos que el otro me pertenece y que yo le pertenezco (cf. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 43 – 45). No escatimemos ni tiempo ni esfuerzos para encontrarnos, para hablar entre nosotros, para formantar una verdadera comunicación de lo que hacemos, pensamos y sentimos.

La *mística del encuentro* a la que a la que el Papa nos invita crece y se hace cada vez más profunda a través de la oración compartida de la Palabra de Dios. Ésta nos ayudará a salir de un mundo espiritual estrecho, a veces cerrado, y casi siempre centrado en uno mismo, para abrirnos a nuevos horizontes, “crecer juntos” y “progresar en la vida espiritual” (san Juan Pablo II, *Vita Consecrata* 94), al mismo tiempo que nos posibilitará descubrir a nuestros hermanos con sus riquezas insospechadas y sus limitaciones y dificultades no siempre exteriorizadas. Hagamos de nuestras comunidades hogares de personas unidas en Cristo, en las que sea posible la fiesta y la celebración, por los éxitos de los demás, la ternura recíproca, sin posesión de ningún tipo, la comprensión, traducida en perdón y misericordia, la corrección fraterna, movidos, no por el escándalo ante el pecado del hermano o de la hermana, si no solo por el amor hacia él o ella. Hagamos de nuestras comunidades espacios humanos habitados por la Trinidad, donde sea posible valorizar lo positivo que hay en los otros, evitando así los celos, las envidias, y las luchas por el poder, y donde unos puedan llevar las cargas de los otros (cf. *Gal* 6, 2)

Una herramienta fundamental para construir vida fraterna en comunidad es asumir la propia realidad como algo que nos condiciona y que a la vez nos abre caminos hacia nuevas posibilidades. Desde la fe, la aceptación de uno mismo nace de la experiencia personal del amor incondicional y gratuito de Dios, de su perdón incansable, de la certeza de su presencia cercana. Actitudes todas estas que estoy llamado a vivir en relación con los hermanos y las hermanas que el Señor me ha regalado para que caminemos juntos y juntos compartamos la alegría y la responsabilidad de vivir el Evangelio, forma de vida de todo consagrado. Solo quien se reconcilia con su propia realidad podrá vivir una vida reconciliada con la realidad de los demás. Así como solo quien se siente necesitado del perdón podrá asumir que la verdadera vida fraterna se edifica constantemente sobre la debilidad de sus miembros y, en consecuencia, sobre el perdón y la misericordia.

Permanezcamos en el Señor. En el mundo actual, como ya afirmaba el Beato Pablo VI, la fidelidad no está de moda. Lo demuestra el número significativo de abandonos en la vida consagrada y en la vida sacerdotal, abandonos que causan dolor a la Iglesia y que constituyen

una verdadera hemorragia, privando a la vida consagrada y sacerdotal de una fuerza significativa en su vida y misi3n.

No es un fen3meno nuevo. Abandonos ya se daban seguramente en la primitiva Iglesia. A este respecto es significativo que el cuarto evangelista en 7 vers3culos repite bien 10 veces el verbo *permanecer*, muchas veces en imperativo (cf. Jn 15. 4-11). Por otra parte el mismo Evangelio nos deja constancia que muchos de los que segu3an a Jes3s, ante ciertas dificultades, lo abandonaban (cf. Jn 6, 60. 66). En nuestros d3as muchos de estos abandonos podr3an evitarse si el discernimiento fuese m3s “sereno, libre de las tentaciones del n3mero o de la eficacia, para verificar, a la luz de la fe y de las posibles contraindicaciones, la veracidad de la vocaci3n y la rectitud de intenciones” (CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*, 18). En este contexto hemos de poner en acto itinerarios formativos de progresiva asimilaci3n de los sentimientos de Cristo hacia el Padre (cf. San Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 65); caminos formativos que integren conocimientos teol3gicos, human3sticos y t3cnicos, con una vida espiritual y apost3lica propia de cada Instituto; caminos formativos atentos a arraigar en el coraz3n de los j3venes los valores humanos, cristianos y carism3ticos necesarios, para que puedan vivir una *fidelidad creativa* seg3n el propio carisma (cf. San Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 37); caminos formativos atentos a la formaci3n cultural que posibilite el di3logo con la cultura actual; caminos formativos que eduquen al di3logo comunitario, y que ense3en a acoger las diversidades como riqueza, y a integrar los diversos modos de ver y sentir.

Todo ello est3 exigiendo que los distintos Institutos dediquen las mejores energ3as a la formaci3n, tanto inicial como permanente, considerando que 3sta es el verdadero *humus* de aquella, y que sin la formaci3n permanente no se puede hablar de una verdadera formaci3n inicial. Todo esto est3 pidiendo, tambi3n, procesos m3s bien largos, que aseguren serenidad y profundidad, ya que la persona se va forjando y lentamente; formadores centrados, que se sientan ellos mismo en formaci3n, capaces de transmitir la belleza de la *sequela* de Cristo; acompa3antes bien preparados que puedan identificar las se3ales del camino que los j3venes consagrados est3n siguiendo, discernir aquello que la Palabra de Dios est3 despertando y suscitando en la persona por la acci3n del Esp3ritu vivificador, descubrir el hilo conductor que da sentido al pasado, moviliza el presente y proyecta el futuro en un todo integrado, hacia dentro de s3 mismo y tambi3n con el entorno con las dem3s personas, el medio ambiente, los acontecimientos; acompa3antes que sepan ser para los j3venes presencia cercana y mirada personal de Jes3s, a trav3s de su presencia cercana y respetuosa, dispuestos en todo momento a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3, 5) (cf. *Evangelii gaudium*, 169). Todos nosotros, pero especialmente los j3venes, necesitan acompa3antes que ayuden a *permanecer* a quienes han sido llamados y a *salir* a quienes no lo han sido. Pero, sobre todo, si queremos *permanecer* necesitamos mantener una relaci3n de amistad con el Se3or, a trav3s de un di3logo permanente con 3l en la oraci3n y contemplaci3n de su rostro.

.....

Termino dese3ndoos un feliz encuentro, y, para vosotros y para m3, pido al Se3or que nos conceda la gracia de una vida consagrada que hable, una vida en la que se transparente la

alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo (cf. *Carta Apostólica a los Consagrados*, II, 1). Que la *Virgen hecha Iglesia*, madre de todos los consagrados, nos acompañe en nuestro camino, a fin que podamos hacer siempre lo que él nos diga (cf. *Jn* 2, 5).

Vuestro hermano

+ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo Secretario CIVCSVA